

JERÓNIMO ROMÁN DE LA HIGUERA. UN MENTIROSO EN TIEMPOS DE FALSARIOS

MIGUEL BETTI

Universidad de Ginebra

Miguel.Betti@unige.ch

Resumen: El presente trabajo presenta algunas de las controversias ligadas a uno de los principales falsarios de la historia de España, el jesuita Jerónimo Román de la Higuera (c. 1537-1611). El objetivo es demostrar que Higuera no era un caso aislado y que no trabajaba en soledad, sino que tenía contacto con otros falsificadores y que llevó a cabo sus supercherías en un contexto histórico en el que proliferaban las producciones apócrifas.

Palabras clave: Jerónimo Román de la Higuera, falsarios, supercherías, España.

Jerónimo Román de la Higuera es reconocido por la crítica como uno de los mayores mentirosos de la historia de España. En efecto, esta personalidad fascinante y polifacética, que se abocó principalmente al pasado religioso de la península ibérica, se vio inmersa en diversos escándalos ligados a la aparición de una serie de falsificaciones de documentos latinos. En el siguiente trabajo, quisiera presentar las principales controversias ligadas a este intelectual jesuita. Mi objetivo es demostrar que Higuera no era un caso aislado y que no trabajaba en soledad, sino que llevó a cabo sus supercherías en conexión con otros falsarios.

Formación, trabajos y escritos

Poco sabemos con certeza acerca de los primeros años de Jerónimo Román de la Higuera¹. Nació en Toledo, posiblemente un 28 de agosto

¹ Para la biografía de Jerónimo Román de la Higuera, sigo principalmente el estudio de José Martínez de la Escalera (O'Neill y Domínguez 2001: 1923-1924), el trabajo de Katrina Olds (2015: 38-39), la obra de Julio Caro Baroja (1992: 164-176) y el análisis de sus numerosos manuscritos conservados en diferentes archivos españoles.

doi: https://doi.org/10.59010/9783967280494_007

La actualidad de los estudios de Siglo de Oro. A. Sánchez Jiménez, C. López Lorenzo, A. J. Sáez y J. A. Salas (eds.). Kassel, Edition Reichenberger, 2023, págs. 109-116

de 1537 según el propio autor precisa en su «Tratado del linaje de Higuera y apellidos Peña y Román» (RAH, ms. 9-5566, f. 55r), aunque la mayoría de las fuentes históricas dan como fecha de nacimiento el año 1538. Se graduó en Artes y Teología en el Colegio de Santa Catalina, donde estudió latín, griego y hebreo. En diciembre de 1562 entró en la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares y ejerció luego como sacerdote en Murcia y Toledo. También enseñó Gramática y Humanidades en distintos colegios jesuitas (en Madrid, Ocaña, Plasencia, Belmonte, Caravaca y Toledo), fue lector de Filosofía en la Universidad de Alcalá y en 1584 fue nombrado prefecto de estudios latinos del colegio de San Eugenio de Toledo. En 1590, en Ocaña, profesó el cuarto voto (obediencia al Papa), pasando así a integrar la casta más alta de la Compañía de Jesús, pero pronto fue enviado de regreso a su ciudad natal contra su voluntad.

Sucede que Jerónimo Román de la Higuera trabó muy malas relaciones con sus superiores y, por ser considerado una persona problemática, escandalosa e incluso chismosa, fue destituido de los colegios en que trabajaba en diferentes ocasiones. Como prueba de estos conflictos, entre los documentos de la Inquisición de Toledo se conservan fragmentos de dos memoriales en los que Higuera acusaba a sus superiores por no respetar la autoridad del Santo Oficio, por supuestos malos tratos y por no concederle el permiso para viajar a Granada a consultar los «libros plúmbeos» del Sacromonte (Olavide 1903). Este último dato no es menor, porque liga a nuestro autor con una de las falsificaciones más polémicas del Siglo de Oro, que comentaré más adelante.

Como otros intelectuales de su tiempo, el historiador jesuita dedicó también sus días a escribir genealogías por encargo. En lo que concierne a su propio apellido, en su «Tratado del linaje de Higuera y apellidos Peña, Román» no solo se atrevía a afirmar que su familia formaba parte de las familias mozárabes más antiguas de Toledo, y que algunos de sus miembros habían sido héroes de la Reconquista, sino que también hacía remontar el apellido «Román» hasta el Imperio romano y, siguiendo una antigua tradición mediterránea, aseguraba que el «árbol de la Ciencia» del *Génesis* había sido, como no podía ser de otra forma, una higuera (Caro Baroja 1996: 172).

El jesuita dejó una gran cantidad de apuntes y obras manuscritas sobre historia religiosa y profana, geografía, arqueología, vidas de santos y mártires, etc. Si bien ninguno de sus libros fue publicado en vida, a excepción de algún que otro breve escrito, se consagró al ambicioso proyecto de componer una voluminosa *Historia eclesiástica de la imperial ciudad de*

Toledo (que se conserva en varias copias manuscritas, por ejemplo, en la Biblioteca Nacional de España, mss. 1639-1641).

Ya en el ámbito de la literatura, como bien ha señalado el profesor Abraham Madroñal, el jesuita podría haber tenido contacto con al menos uno de los grandes escritores del Siglo de Oro: Lope de Vega. Esta relación se habría forjado en la coincidencia de ambos en Toledo, entre 1597 y 1610, y de ella habría surgido la tragedia de Lope titulada *San Tirso de España*, anunciada en el prólogo de *El peregrino en su patria* (1604) y hoy perdida. Pero, además, al menos otras cinco comedias de Lope parecerían estar ligadas a los trabajos históricos del jesuita (Madroñal 2016: 114-116).

La controversia de San Tirso

Ahora bien, Higuera comenzó a cobrar cierto reconocimiento cuando, hacia finales de la década de 1580, aseguró haber encontrado entre los manuscritos de la catedral toledana una carta del siglo VIII (777), escrita por el rey Silo de Asturias y dirigida al arzobispo Cixila de Toledo (m. 783), en la cual se mencionaba la construcción de una iglesia en dicha ciudad, dedicada a San Tirso. En esta misiva, de una prosa latina sumamente sospechosa, puesto que precisaba un montón de informaciones superficiales para el destinatario, se hablaba también de un regalo que Silo enviaba al arzobispo: una vasija o aguamanil en cuyo tapador estaban grabadas la corona de Asturias y las respectivas iniciales de estos dos personajes históricos: «C» y «S» (Olds 2015: 29-30, 37-38).

En agosto de 1594, un grupo de obreros que se encontraban haciendo excavaciones en la Plaza Mayor de Toledo hallaron un conjunto de ruinas y huesos humanos. El maestro mayor de obras consideró que podía tratarse de los despojos de algún templo o capilla y contactó a Jerónimo Román de la Higuera en calidad de especialista. El jesuita no lo dudó un segundo y atribuyó las ruinas a la iglesia de San Tirso, erigida supuestamente por los mozárabes según constaba en la carta que él mismo aseguraba haber encontrado. La prueba irrefutable de su hipótesis sería el hallazgo de un misterioso disco de cobre entre las ruinas, en el que estaban grabadas las letras «C» y «S» coronadas.

Sabemos hoy que todo fue un invento del padre Higuera, quien además de aquellas supercherías pretendía que San Tirso era nacido en Toledo y organizó una campaña para convertirlo en el patrono de la ciudad (1595-1597), en el marco de la cual se encargó posiblemente la tragedia mencionada a Lope de Vega. Con respecto a los motivos de estas falsificacio-

nes, el interés del sacerdote jesuita era destacar la importancia de los mozárabes, de los cuales se pretendía descendiente, para la historia eclesiástica de España (Madroñal 2014: 25). Sucede que, por aquellos años, un grupo de intelectuales toledanos abogaba por una reivindicación de aquella ciudad como la cuna de la comunidad cristiana más antigua de España, y en cierto sentido también una de las más devotas, puesto que había resistido a la dominación islámica.

Los falsos cronicones

Sin embargo, antes que por la controversia acerca de San Tirso y la Iglesia mozárabe de Toledo, Higuera se volverá verdaderamente célebre con la aparición de los llamados «falsos cronicones»: colecciones de noticias sobre la historia religiosa de los antiguos reinos de la península ibérica que se atribuían a diversos autores latinos.

Tres fueron las crónicas o, mejor dicho, los fragmentos de documentos latinos que aparecieron en España en 1594, de la mano de Jerónimo Román de la Higuera: a) *La Crónica de la Historia Universal (Chronicon omnimodaе historiae)* de Flavio Lucio Dextro (m. 444, contemporáneo de San Jerónimo, natural de Barcelona e hijo del obispo de dicha ciudad, San Paciano); b) *La Chronica Caesaraugustana*, atribuida a Máximo, obispo de Zaragoza (592-619); y c) *La Crónica de Eutrando*, subdiácono de Toledo desterrado en Fráncfort (siglo X), dirigida a Regimundo, obispo de Eliberitano. Todos estos documentos tenían la particularidad de haber sido perdidos a principios de la Edad Media y de haber sido mencionados o comentados por otros autores posteriores. Lo interesante es que Jerónimo Román de la Higuera aseguraba haber recibido copias de estos textos extraviados de parte de un antiguo discípulo suyo, Tomás de Torralba, destinado por la Compañía a la ciudad de Ingolstadt. Higuera los daba como provenientes de la biblioteca de Fulda (Alemania), donde Torralba los habría copiado de un original gótico en poder de un burgués de Worms. Según contaba el jesuita, este último los habría sustraído de la biblioteca y, luego de mostrárselos al jesuita y permitirle copiarlos, se habría negado terminantemente a cederlos o venderlos (Godoy Alcántara 1981: 26-34). Como vemos, la cuestión era sumamente sospechosa, y más aún cuando en estos tres textos, que hablaban del cristianismo primitivo en la península ibérica, todas las prácticas, creencias y tradiciones mencionadas coincidían con las posiciones dogmáticas establecidas por la Iglesia católica después del Concilio de Trento (1545-1563). En otras

palabras, el cristianismo primitivo hispánico coincidía intempestivamente con el catolicismo de la Contrarreforma (Olds 2015: 2).

Algunos años más tarde, Higuera presentaría un nuevo documento: el cronicón de un supuesto vicario en tiempos de la Reconquista llamado Julián Pérez. Mozárabe de origen, Pérez habría viajado por toda la península y habría vivido en Roma, siendo testigo de importantes acontecimientos históricos de la cristiandad. Habría incluso conocido personalmente al Cid y a otros varones ilustres de la Reconquista y escrito numerosas obras poéticas e historiográficas. En este cronicón, Higuera deja correr la pluma y la imaginación al punto de enfrentar al mismo Júpiter con un grupo de gigantes en los campos del Toboso, prefigurando así una célebre escena del Quijote.

No hace falta precisar que, al igual que la carta mencionada en el marco de la controversia de San Tirso, todos estos documentos eran un conjunto de supercherías nacidas de la pluma del sacerdote jesuita. En efecto, así como en un primer momento había defendido la preminencia de los mozárabes, sus supuestos antepasados, como cristianos viejos, el objetivo principal de estas nuevas falsificaciones era sostener la importancia y la primacía de Toledo, su ciudad natal, para la historia eclesiástica española y universal.

Un mentiroso en tiempos de falsarios

Ahora bien, si en el título de este trabajo me permito hablar de «un mentiroso en tiempos de falsarios» es porque Higuera no trabajaba solo, sino que formaba parte de un movimiento más grande de intelectuales interesados por el pasado religioso de la península ibérica e inclinados a la superchería. En efecto, hacia finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, no eran pocos los estudiosos que escudriñaban los archivos de los monasterios y las catedrales en busca de manuscritos raros, crónicas, textos litúrgicos y hagiografías. Estos intelectuales trabajaban con las mismas fuentes y se consagraban a búsquedas similares, pero también debatían acaloradamente o falsificaban documentos, movidos cada uno por sus propias convicciones políticas, su pertenencia a determinada orden o sus intereses y conflictos personales (Olds 2015: 41-42).

Ya desde un principio, es importante destacar que el procedimiento mediante el cual Higuera componía sus supercherías no era del todo original. Recordemos que el recurso del manuscrito encontrado en algún lugar lejano o traducido de una lengua extranjera o exótica, del que se

burla Cervantes al decir que su obra más importante se basaba en la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*, era característico no solo de los libros de caballerías (*El caballero Zifar*, por ejemplo, que se presenta como una traducción del caldeo, o la *Crónica de Lepolemo* y el *Palmerín de Oliva*, supuestas traducciones del árabe), sino también de algunas obras historiográficas.

Por ejemplo, en 1592 se publica en Granada la *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, atribuida al cronista Albucacim Tarif Abentarique y traducida del árabe por Miguel de Luna, hijo de padres moriscos. Luna aseguraba haberla transcrito de un original que había encontrado en la biblioteca de El Escorial, donde trabajaba otro intelectual, también de origen morisco, traductor y gran conocedor de la cultura árabe, Alonso del Castillo, pero sabemos hoy que se trataba en realidad de una falsificación. De manera similar a Higuera con los mozárabes y la ciudad de Toledo, el objetivo de Luna era demostrar que la población granadina de origen árabe fuera considerada tan «natural» o «consustancial» a la población cristiana, para poder así acceder a los mismos privilegios (García-Arenal 2010: 254-255, García Arenal y Rodríguez Mediano 2009: 243-244).

Por otra parte, es sabido que estos dos últimos intelectuales estaban emparentados con la polémica de los «plomos del Sacromonte». Para resumir este tema de sobra conocido, solo quisiera mencionar que entre 1595 y 1599 aparecieron en una caverna granadina una serie de reliquias y láminas de plomo grabadas con símbolos esotéricos y aparentes caracteres árabigos (llamados posteriormente «hispano-béticos»), que hacían referencia al martirio de ciertos discípulos del apóstol Santiago en España, pero también reivindicaban el rol de los árabes en los primeros años del cristianismo. Todos estos descubrimientos fueron acompañados de supuestos milagros, resplandores, luces y apariciones maravillosas. Así, muy pronto, el lugar adquirió un nuevo nombre: *Sacromonte*, y se convirtió en un centro de peregrinaje para sacerdotes, catedráticos y curiosos de todo tipo, que se acercaban hasta allí para orar y contemplar con sus propios ojos aquellos asombrosos documentos (Godoy Alcántara 1992: 115-159).

En un primer momento, las reliquias y los libros plúmbeos fueron dados unánimemente por auténticos por un consejo de teólogos, canonistas, prelados y catedráticos, y se hicieron grandes festejos para celebrar su descubrimiento. Pero, finalmente, tras largos años de debate, el 28 de septiembre de 1682 el papa Inocencio XI condenó en Roma el contenido

de estos plomos, declarándolo ficticio y opuesto a la Sagrada Escritura, con resabios de mahometismo. Según Godoy Alcántara, sus autores habrían sido dos de los hombres a quienes se consultó para interpretarlos, los ya mencionados traductores de origen morisco Miguel de Luna y Alonso del Castillo, con un objetivo claro: «Si en Granada hubo árabes en la época de los apóstoles, y estos árabes resultaba que habían sido convertidos por Santiago y sus discípulos, el concepto de “cristiano nuevo” quedaba invalidado, porque los moriscos, en cuestión, podían ser más “cristianos viejos” que nadie» (Caro Baroja 1992: 128).

Señalamos todas estas cuestiones porque sabemos que Higuera, como hemos visto, no solo solicitó permiso para consultar los plomos en Granada, sino que también entretuvo correspondencia con Alonso del Castillo, a quien calificó de «docto varón», y citó en su *Historia eclesiástica de Toledo* a Miguel de Luna, defendiendo la veracidad de la *Historia verdadera del rey don Rodrigo* (Martínez de la Escalera 1991: 69.). Así, sin descartar un genuino interés compartido, es probable que existiera una posible red de falsificadores, mediante la cual los responsables de todas estas supercherías colaboraban y se apoyaban entre sí².

OBRAS CITADAS

CARO BAROJA, Julio, *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

CIROT, Georges, « Documents sur le faussaire Higuera », *Bulletin hispanique*, 8, 1906, págs. 87-95.

GARCÍA-ARENAL, Mercedes, «Miguel de Luna y los moriscos de Toledo: “no hay en España mejor moro”», *Chronica Nova*, 36, 2010, págs. 253-263.

GARCÍA-ARENAL, Mercedes y Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO, «Jerónimo Román de la Higuera and the lead books of Sacromonte», en *The Conversos and Moriscos in Late Medieval Spain and Beyond*:

2 Ello no quita que los falsarios pudieran también estar enemistados. García-Arenal (2010: 255-257) precisa que «Alonso del Castillo no tenía buena consideración de Luna, a quien acusó de saber poco árabe, de ser mal traductor y persona de la que no se podía uno fiar».

- I, Departures and Change*, ed. de Kevin Ingram, Leiden, Brill, 2009, págs. 243-268.
- GODOY ALCÁNTARA, José, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid, Alatar, 1981.
- MADROÑAL, Abraham, «San Tirso de Toledo, tragedia perdida de Lope de Vega», *Hipogrifo*, 2.1, 2014, págs. 23-54.
- «Jerónimo Román de la Higuera y la literatura de su tiempo», en *Saberes (in)útiles, el enciclopedismo literario áureo entre acumulación y aplicación*, ed. de Albert Mechtild y Ulrike Becker, Madrid, Iberoamericana, 2016, págs. 112-113.
- MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, José, «Higuera, Jerónimo (Romano, Román) de la», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, ed. de Ch. O'Neill y J. M.^a Domínguez, España, *Institutum Historicum Societatis Iesu* y Universidad Pontificia de Comillas, 2001, vol. 2, págs. 1923-1924.
- OLAVIDE, Ignacio, «La Inquisición, la Compañía de Jesús y el P. Jerónimo Román de la Higuera», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 42, 1903, págs. 107-119.
- OLDS, Katrina B., *Forging the Past. Invented Histories in Counter-Reformation Spain*, New Haven & London, Yale University Press, 2015.